

Richard Crompton

Las puertas del infierno

Traducción del inglés
de Dora Sales

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

Todos los personajes de este libro son ficticios, y cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas es pura coincidencia.

*Para Katya,
sin quien no habría libros.*

*Y para nuestros hijos,
sin quienes habría muchos libros más.*

***i-Loikop* (nombre, maa): asesinato**

El asesinato solo puede ocurrir entre masáis. Solo cuando un masái mata a otro masái hablamos de asesinato. Si las disputas entre masáis culminan en muerte, entonces se establece una nueva relación entre las partes implicadas, según la cual a quienes sean responsables de cualquier muerte se les conoce como il-oo-ikop: quienes hieren.

FRANS MOL,
Lengua y cultura masái

No se los puede convertir en esclavos, ni siquiera se los puede encarcelar. Si se les mete en la cárcel, mueren, en el plazo de tres meses, de modo que la ley inglesa del país no contempla pena de cárcel para los masáis, se los castiga con multas. Esta incapacidad absoluta para mantenerse con vida bajo el yugo ha otorgado a los masáis, solo a ellos entre todas las tribus nativas, un rango con la aristocracia inmigrante.

ISAK DINESEN,
Memorias de África

HAN TOMADO EL CIELO Y LO HAN RODEADO

Él es esto: un par de chanclas, un par de pantalones cortos holgados, una camisa a juego, a rayas blancas y negras. Lleva entre los brazos un colchón de espuma mugriento —medio colchón, cortado por el lado más largo, no más ancho que sus omóplatos—. Hay una manta de lana áspera doblada encima. En el bolsillo de su camisa descansa una pequeña tarjeta amarilla que contiene, escritos a mano, su nombre, su número, su delito.

Él es esto, y nada más. Solo uno de los casi cuatro mil reclusos del lugar. Se parece a ellos. Incluso camina como ellos —arrastrando los pies de forma somera, derrotada, gracias a las chanclas demasiado grandes—.

Se parece a ellos, pero no es uno de ellos. Ellos lo saben también: el primer grupo con el que se cruza se le queda mirando fijamente con siete pares de ojos hoscos, hostiles.

—¡Policía! —sisea uno de ellos.

Ha entrado en la cárcel muchas veces. Ha olido muchas veces ese aroma de humanidad viciada, confinada; ha sentido el aire, denso por el calor de cientos de cuerpos, quemándole al fondo de la garganta.

Cada vez, el pánico amenaza con alzarse en su interior. Cada vez, se sacude para reprimirlo. Se recuerda a sí mismo que, a diferencia de los demás, él consigue salir.

Pero no esta vez.

El guardia que tiene detrás se ríe entre dientes.

—No vas a encontrar muchos amigos aquí, masái. Será mejor que aprendas a dormir con los ojos abiertos.

—¡Cuidado! —exclama una voz.

Entonces dos presos vestidos de blanco pasan con gran estruendo, cargando una enorme caldera de aluminio humeante con gachas grisáceas salpicadas con alubias rosadas, carnosas.

Los cocineros depositan la caldera con estrépito en medio del patio. Ante dicha señal los grupos dispares de hombres se convierten en una fila, con platos de plástico y cucharas en mano.

—Tendrás lo tuyo más tarde —le espetó el guardia—. Primero a tu celda.

Se acercan a un muro de ladrillos de cemento donde hay una pequeña puerta. Sobre ella está pintada la palabra «Preventiva». La puerta enrejada se abre con un tintineo de llaves, y entran. Más allá, una segunda puerta. Las puertas no parecen acabar nunca. Este lugar es portón tras portón, puerta tras puerta, todas abiertas y cerradas con llave cada vez. Entran. El aroma avinagrado de la comida había sido malo, pero el hedor fuerte, asfixiante, del pabellón de celdas lo destierra de inmediato de tu memoria. Es el olor a sudor, a orines, a mierda, a humanidad. Pasan junto a celdas abiertas, vislumbrando en cada puerta los interiores oscuros, colchones desperdigados sobre suelos de cemento. Las escasas pertenencias están amarradas en bolsas andrajosas a los barrotes de la ventana alta, estrecha, a través de la cual se cuele un hilo de luz gris.

Ahora está en el verdadero cogollo de la cárcel, y los habitantes levantan la vista para mirarlo desde sus camas mientras pasa. A la mayoría de ellos la lasitud les impide sentir interés, pero la emoción parpadea en sus ojos. Distracción. Ira. Odio. Lástima.

Surge un rostro curioso que lanza una mirada lasciva mientras pasa junto a otra puerta: una mano hace el gesto de cortar el cuello.

El guardia suelta una risotada breve, dura, y una porra apoyada en las costillas de Mollel lo mantiene arrastrándose hacia delante. Sus chancas rajadas hacen que sea difícil caminar con ellas, y desearía poder quitárselas de una patada. Pero los pies descalzos, como los zapatos, están prohibidos aquí. Una precaución sencilla: no puedes correr con chancas. Y una gravilla de granito afiladísima cubre el suelo por todas partes alrededor de estas paredes.

Vociferan una orden para que se detenga. Mollel se gira para ponerse frente a la puerta de una celda que está abierta ante él.

—Bienvenido a tu nuevo hogar —dice el guardia.

Mollel cuenta seis colchones en el suelo. Al lado de un cubo de plástico cubierto de moscas, hay hueco para uno más.

—Los recién llegados duermen cerca de las heces —le informa el guardia. Y se marcha haciendo tintinear las llaves.

Mollel empuja el cubo tan lejos como puede con el pie, y extiende su colchón en el espacio que queda. Algo se revuelve al otro extremo de la celda. Lo que había tomado por un montón de mantas resulta ser la figura esquelética de un hombre. Apenas puede levantar la cabeza, pero sus ojos, medio abiertos, giran en dirección hacia el recién llegado.

—Soy Mollel.

—Sé quién eres —contesta el hombre enfermo—. Todos lo sabemos. Oímos que ibas a venir.

Ahora que sus ojos se adaptan a la penumbra, Mollel puede ver que las orejas del hombre están estiradas igual que las suyas.

—*Supai*. —Mollel lo saluda en maa.

El hombre no responde.

—¿Qué te pasa? —pregunta Mollel—. ¿Te ha visto un médico?

—No hay ningún *mganga* que pueda curarme —contesta el tipo—. ¿No sabes que este es el destino de todos los masáis en la cárcel?

Se dice que un masái jamás dura más de tres meses dentro. En los viejos tiempos, se creía que simplemente morían. Cuando los ingleses juzgaban, no ponían a un masái entre rejas por menos de un asesinato. La cárcel era una sentencia de muerte para un pueblo que creía que el mundo entero era su hogar.

A lo largo de los años, Mollel ha visto a muchos masáis cumplir su sentencia. Incluso él mismo ha puesto ahí a unos cuantos. No murieron. Pero bien podrían haberlo hecho. Al cabo de pocas semanas, se vuelven apáticos, lánguidos. Las nubes se posan sobre sus ojos y una palidez cenicienta sobre su piel. La elegante constitución masái, que no está acostumbrada a permanecer echada sobre un catre durante veinte horas al día, se encorva y se comprime. Esas figuras rotas rara vez hablan y nunca ofrecen resistencia. Su espíritu ha desaparecido.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Dos años, tres años.

—¿En prisión preventiva? —pregunta Mollel. Sabe que el volumen de casos pendientes es enorme, pero, incluso así, se queda espantado—. Déjame hablar con los guardias. Deja que te busque un médico, un abogado. Podría ayudarte.

—Tan solo cuídate a ti mismo, *ole* Mollel —responde el hombre—. Nadie va a querer tu ayuda aquí dentro.

El guardia regresa con un plato de plástico grasiento y una cuchara que pone en la mano de Mollel.

—Ve a por tu comida antes de que se acabe —suelta.

De vuelta en el patio, Mollel echa un vistazo al lugar. Los presos permanecen en pie en grupos o están sentados en el suelo, pasando como cebras de sus platos sucios. Los guardias merodean alrededor de ellos y entre ellos, con sus uniformes caqui, boinas y galones en los hombros, haciendo girar sus porras con aire despreocupado.

Todo está constreñido por muros altos, salpicados aquí y allá con puertas falsas, enrejadas. Encima de los muros, el cielo está rodeado de espirales oxidadas de alambre de púas.

Una salpicadura de algún líquido tibio le golpea la cara. El escupitajo, lleno de alubias masticadas, se desliza por su mejilla y él sacude la cabeza para apartárselo de la boca. La risa saluda a la diana.

—¿Qué te ha parecido eso, poli?

Él baja la mirada, pero no puede evitar la hostilidad burlona mientras coloca su plato sobre la caldera, que ya no humea, en medio del patio.

Percibe que todas las miradas están sobre él cuando se acerca a la olla de estaño. No queda nada. Hay dos o tres alubias aplastadas contra los bordes; aparte de eso, lo han devorado todo.

Mientras lo asimila, vuelven las risas. Primero, una mueca, luego un silbido, después un cacareo tumultuoso, clamoroso. Lo que comenzó de forma desordenada se vuelve rítmico, vibrante: los presos están pataleando al unísono.

Por un momento los guardias no hacen nada. Lo están disfrutando, al parecer. Después, de repente, ya han tenido bastante. Sacan las porras y la muchedumbre se calma. Ordenan a los presos que regresen a sus celdas.

Retienen a Mollel, pero solo el tiempo suficiente para que los demás alcancen sus celdas. No hay favoritismo con él: los guardias simplemente no quieren que haya una pelea en los pasillos.

Cuando Mollel llega a su celda, el masái moribundo ya no es el único ocupante. Lo recibe un coro de gruñidos.

—¿Por qué hemos de tenerlo aquí? —protesta una voz.

—Os toca, Oweno, porque habéis tenido sitio en el suelo para otro colchón desde que vuestro compañero de celda se ahorcó mientras vosotros seis, supuestamente, estabais durmiendo.

Oweno sonríe.

—Tenemos el sueño muy pesado, ¿verdad, tíos?

El tipo se levanta, agarrando el cubo de plástico de su sitio en el suelo y colocándolo en las manos de Mollel. El olor le golpea en la cara. En el fondo tiene pegada centímetro y medio de orín viscoso.

—Será mejor que te acostumbres —le suelta Oweno—. Te encargarás de vaciarlo.

—Comportaos, muchachos —advierte el guardia—. Este no es un ladrón de mulas de Kericho. Si le pasa algo, la gente va a hacer preguntas.

—No es de nosotros de quien tienes que preocuparte —responde Oweno—. Todos somos grandes partidarios de la *polisi*, aquí.

Aparece otro guardia y le murmura algo al primero.

Ambos miran a Mollel con interés.

—Bueno, bueno, masái. Un honor para ti. El jefe quiere verte.

—¿El director? —pregunta Mollel.

Las risas resuenan por la celda. Incluso los guardias se ríen con disimulo.

—Vamos.

Lo conducen más allá del portón que va a parar al bloque administrativo y siguen hasta la enfermería. Allí, uno de los guardias llama a la puerta respetuosamente.

La abre un tipo alto de rostro agradable, rollizo. Ojos aniñados, con los rabillos un poco hacia arriba. Parece inocente como un niño. Lo que no corresponde en absoluto con lo que Mollel sabe acerca de este hombre y de lo que hace.

Es Mdosí. Este periodo en la cárcel no ha disminuido en nada su poder ni su influencia. Se queda a un lado para invitar a Mollel a entrar, despide a los guardias haciendo un gesto con la cabeza y cierra la puerta.

La enfermería es una habitación individual que evidentemente habían convertido en la residencia particular de Mdosí. Hay cortinas en la ventana. Hay una alfombra sobre el suelo de hormigón recién pintado, junto al inevitable cubo para orinar. De la pared cuelga un calendario con fotos del monte Kenia nevado. Una pequeña televisión parpadea en silencio encima de un taburete. Y, quizá lo más envidiable de todo, hay una cama. Una cama de tamaño normal, con patas, con el enmarañado velo nupcial de un mosquitero colgando de un gancho en el techo.

Los ojos de Mdosí miran risueños.

—¿Tienes algo que contarme, masái?

—¿Sobre qué?

—Sobre por qué mis hombres no dejan de desaparecer. Sobre lo que les está pasando. No es que estén apartándose del negocio, sacando los pies. Los están asesinando. Y quiero saber quién está haciéndolo.

—No tengo nada que contarte — responde Mollel.

Mdosí sonrío. Lenta, cuidadosamente, se quita una de las chanclas. Hay una raya marcada en la suela. Con destreza, la parte en dos.

A continuación, cruza la habitación hasta el cubo para orinar. Mete los dedos en el líquido, los mueve con cautela, buscando lo que el ojo no podría ver, y entonces saca un trozo de cristal de diez centímetros. Lo clava en el talón de la chancla rota, que Mollel ve que tiene una muesca justo para eso. Mdosí maneja el cristal casi con cariño, observando cómo brilla bajo la luz tenue.

—Esto — le dice Mdosí a Mollel — es para ti.

Debió de ser el ruido de la silla al caer al suelo lo que hizo que el guardia abriese la puerta. El cuchillo improvisado de Mdosí está en la mano de Mollel.

De él gotea sangre.

El guardia baja la mirada hacia el cuerpo de Mdosí, que yace en un charco de sangre que va creciendo sobre el suelo de cemento,

después mira de nuevo a Mollel. Este abre la mano y deja que el cuchillo caiga al suelo, donde el cristal se hace añicos. Finalmente, el guardia consigue hablar.

— ¡Lo has hecho, loco cabrón! — exclama—. ¡Lo has matado!